

El mensaje a Sardis - Apocalipsis 3:1-6

(Ap 3:1-6) “Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

La ciudad de Sardis

Más de seiscientos años antes de que se escribiera esta carta, Sardis había sido la capital del reino de Lidia, siendo una de las mayores ciudades del mundo antiguo. Además, la estratégica posición que ocupaba le había convertido en una activa ciudad comercial. A lo que hay añadir las enormes cantidades de oro que se extraían del cercano río Pactolos. Su riqueza era proverbial, y desde los tiempos de Creso, su más famoso gobernante, se había acuñado la frase “tan rico como Creso”. Sin embargo, en el momento de escribirse Apocalipsis, de aquella gloria del pasado sólo quedaba el recuerdo, ya que el estancamiento y la decadencia se habían apoderado de ella. El contraste entre lo que había sido y lo que era no podía ser mayor. Pareciera que la facilidad con la que Sardis podía enriquecerse era la razón de su debilidad.

Otro detalle interesante es que la ciudad estaba edificada sobre una colina tan pendiente que sus defensas parecían inexpugnables, sin embargo, fue capturada por Ciro el persa (549 a.C.) y por Antíoco (218 a.C.). Curiosamente en ambas ocasiones esto fue posible porque sus pobladores fueron sorprendidos por sus enemigos al estar excesivamente confiados en la resistencia de su fortaleza. El hecho de que una ciudad que parecía tan poderosa fuera conquistada tan fácilmente, la había convertido en objeto de burla.

En cuanto a su religión, en Sardis se daba culto a Artemisa, un diosa pagana asociada con la fertilidad y la caza. De su templo quedan algunas ruinas que nos permiten hacernos una idea de sus colosales dimensiones.

También había una importante comunidad judía, que a diferencia de lo que sucedía en Esmirna y Filadelfia, no parecía molestar a los creyentes.

El remitente de la carta

(Ap 3:1) “Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto:”

I. “El que tiene los siete espíritus de Dios”

Como más adelante veremos, el Señor le dice a la iglesia de Sardis que está muerta (**Ap 3:1**). Seguramente por esto el Señor se presenta como “el que tiene los siete espíritus de Dios”. Esta expresión describe los infinitos recursos espirituales que tiene el Señor, y que eran precisamente los que esta iglesia necesitaba para volver a la vida.

Esto nos recuerda que ni nosotros como creyentes, ni tampoco la iglesia en su conjunto, podemos mantener nuestra vida espiritual por nosotros mismos, necesitamos el poder del Señor Jesucristo que nos viene por su Espíritu Santo.

2. “Y las siete estrellas”

A continuación nos dice que también tiene “*las siete estrellas*”, que como recordamos, eran los ángeles o mensajeros de las iglesias, probablemente una referencia a sus líderes (**Ap 1:20**). Ellos también aparecen aquí bajo el control de Cristo. Podemos decir que tanto el Espíritu Santo como los líderes espirituales de la iglesia están en la mano de Cristo y son cauces de bendición para la iglesia.

Cristo reprende a su iglesia

(**Ap 3:1**) “*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.*”

1. “Yo conozco tus obras”

Nuevamente se nos recuerda que no hay nada que pueda permanecer oculto para los ojos de Cristo. Además, como veremos a continuación, él no se fija en el exterior de las personas, sino que ve sus corazones.

En cuanto a esta iglesia, es de notar que a diferencia de otras, aquí el Señor no comienza diciendo nada bueno de ella, de hecho, pasa directamente a hacer la condenación más severa que escuchamos en estas cartas.

2. “Tienes nombre de que vives”

A la iglesia de Sardis le ocurría lo mismo que a la ciudad: vivían de sus recuerdos del pasado, de lo que habían sido en algún momento de su historia, pero todo eso había quedado atrás y no se correspondía con su momento presente.

Quizás era una iglesia que gozaba de una buena reputación en medio de la sociedad, pero eso al Señor no le importaba. Al fin y al cabo, la iglesia no existe para agradar a los hombres sino a Dios.

Tampoco tenemos razones para dudar de que sus cultos fueran ordenados, estuvieran bien asistidos, la música sonara con ánimo, tuvieran un buen número de programas, e incluso sus líderes ocuparan posiciones prominentes dentro de la vida social de Sardis. Pero todo esto no sirve de nada si falta lo más importante, la vida del Espíritu. Al final, lo único que realmente tenían era el “*nombre*” de iglesia del Señor.

3. “Estás muerto”

¡Qué terrible posibilidad! Tener fama de estar vivo pero que el Señor diga: “*¡Estás muerto!*”. La iglesia en Sardis era lo que conocemos como “cristianos nominales”. Y es triste decirlo, pero cada vez es más fácil encontrarse en las iglesias con evangélicos nominales que rara vez piensan en el Señor Jesucristo y que, sin embargo, suponen que están en el camino al cielo.

Otro ejemplo de este cristianismo nominal lo encontramos en la Iglesia Católica, y más tarde en la Iglesia luterana, que con el tiempo fueron degenerando en un mero formalismo carente de auténtica vida espiritual. En muchos casos, la asistencia a los servicios religiosos en estas confesiones se reduce a una cuestión social: bautismos, bodas, entierros y fiestas locales. Por eso no es difícil escuchar decir a sus participantes: “Yo soy católico, pero no practicante”. Aun así, estas religiones son respetadas por los estados de muchos países, pero delante del Señor eso no cuenta. Como el mismo Señor advirtió:

(Lc 6:26) *“¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas.”*

Quizá por esta razón la iglesia en Sardis, a diferencia de otras iglesias de la zona, no había sufrido persecuciones como las de Esmirna o Pérgamo. Ellos eran un perfecto ejemplo de un cristianismo “inofensivo”. Se habían acomodado al mundo y no tenían que pagar ningún precio por su fe en Jesucristo. ¿Por qué había de molestar a Satanás en perseguir a una iglesia muerta? Pero una iglesia que esté viva y que predique la Palabra del Señor siempre estará bajo los ataques del enemigo.

Pensemos en algunos posibles síntomas de una iglesia o un creyente moribundo:

- Estar satisfechos y descansar en los logros del pasado.
- Estar más preocupados en las formas que en la realidad espiritual.
- Estar más centrados en solucionar problemas sociales que en atender las necesidades espirituales de las personas por medio de la predicación del evangelio de Jesucristo.
- Tener más interés por las cosas materiales que en las espirituales.
- Estar más atentos a lo que los hombres piensan de nosotros que a lo que Dios dice.
- Hacer más énfasis en la denominación que en la Palabra de Dios.
- Perder la convicción de que cada palabra de la Biblia es Palabra de Dios.

Varias ilustraciones que describen bien el estado de la iglesia en Sardis:

- Eran como un museo de animales disecados.
- Usando la expresión que el Señor aplicó a los judíos de su tiempo, eran “*sepulcros blanqueados*”.
- Flores artificiales sin olor.

Un llamamiento al arrepentimiento

(Ap 3:2-3) *“Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.”*

I. “Se vigilante”

Ahora Cristo se dirige al remanente fiel de los verdaderos cristianos en Sardis que estaban en grave peligro de extinción.

El Señor comienza con una exhortación a “*ser vigilante*”. Esta recomendación tenía un sentido especial para la iglesia en aquella ciudad, porque como ya hemos comentado, dos veces había sido capturada debido precisamente a la falta de vigilancia. Quizá a la iglesia le pasaba como a sus antepasados en Sardis, que se sentían seguros confiando en la protección que les ofrecían sus muros. Y es verdad que el creyente está protegido por unas defensas mejores que las que cualquier ciudad pueda levantar, pero esto no nos debe llevar a la relajación o al descuido en nuestra vida espiritual, sino a estar prevenidos constantemente, puesto que la tentación puede aparecer en cualquier momento por donde menos la esperamos.

La falta de alerta espiritual puede resultar muy costosa. El apóstol Pedro exhortaba en este sentido a los creyentes:

(1 P 5:8) *“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.”*

2. “Afirma las otras cosas que están para morir”

Parece que no todo estaba completamente perdido, aún había cosas que “*estaban para morir*”. Pero si las ascuas no eran pronto avivadas para que surgiera nuevamente la llama, terminarían por apagarse.

En aquella iglesia había algunos auténticos creyentes, pero aun éstos corrían el peligro de languidecer por completo en medio de ese ambiente asfixiante. En esa situación no podían ser indiferentes o dejarse llevar por la corriente. Debían empezar por evaluar correctamente la situación desde la perspectiva que el Señor les estaba dando, después tendrían que confrontar el pecado y el error, e influir con su ejemplo y palabra en la comunidad.

Es interesante notar que el Señor no manda a esos cristianos fieles que se vayan de la iglesia y comiencen una obra nueva en otra parte de la ciudad. Dios los dejó allí a fin de llamar al resto que se había extraviado para que volvieran a la fidelidad al Señor. No obstante, si una iglesia deja de serlo (**Ap 2:5**), la separación puede ser la única alternativa (**Ap 18:4**).

3. “Porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios”

En Sardis la queja del Señor Jesucristo a su iglesia es porque sus obras no se conformaban con el criterio de Dios. No habían perseverado en desarrollarse espiritualmente, se habían enfriado y habían perdido el entusiasmo por avanzar en la madurez cristiana. Y al fin y al cabo, lo que de verdad importa en una iglesia no es si los cultos de los domingos se llenan y discurren de una forma animada, sino si cada creyente está avanzando hacia la madurez, pareciéndose cada vez más al modelo que tenemos en Cristo.

Este versículo nos hace ver que Cristo espera algo concreto en la vida de cada uno de sus hijos. Está buscando evidencias de nuestra lealtad y amor hacia él.

Debemos tomar esto muy en serio, porque normalmente el creyente tiene la tendencia en centrarse en sí mismo y espera que Dios le ayude, apoye y consuele en cada circunstancia de la vida, y con frecuencia olvidamos que él también está esperando de nosotros pruebas que demuestren nuestro amor, lealtad y servicio hacia él.

4. “Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete”

El resto fiel en Sardis debía “*acordarse*”, “*tener en cuenta*” o “*recordar*” lo que había recibido y oído. Es decir, necesitaban volver a las verdades de la Palabra de Dios que habían escuchado y les habían llevado a su conversión. Era imprescindible que lo “*guardaran*” en sus corazones y lo practicaran en sus vidas.

Seguramente habían dejado de leer sus Biblias y de alimentarse con la verdad. En ese caso, la falta de una buena dieta espiritual les habría llevado a estar débiles para poder hacer frente a la situación que tenían delante. Era necesario que comenzaran por nutrirse adecuadamente y fortalecerse espiritualmente si querían llevar a cabo lo que el Señor les mandaba.

Sin duda, el haber llegado a esta situación de desidia espiritual era algo de lo que se tenían que “*arrepentir*” urgentemente.

5. *“Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”*

Una vez más tenemos una llamada del Señor a “velar”, algo que como ya hemos señalado, ellos entenderían muy bien después de lo que había ocurrido en su historia, cuando sus enemigos habían venido literalmente como ladrones en la noche y los habían sorprendido.

También encontramos una advertencia acerca de la venida del Señor: *“vendré sobre ti”*. Seguramente no debemos entenderla como una alusión a su Segunda Venida, sino como una venida anticipada en juicio sobre la iglesia en Sardis. Esta venida podía producirse de diferentes maneras. Sabemos que en la iglesia en Corinto algunos que estaban viviendo desordenadamente estaban enfermos y otros habían muerto (**1 Co 11:30**).

Por lo tanto, tenemos aquí otra de las grandes faltas de esta iglesia: no estaban esperando la Segunda Venida de Cristo. Su vida se había vuelto descuidada y no estaban mirando hacia el futuro glorioso con Cristo. Esto es muy peligroso, porque como cristianos debemos saber que con tener un solo punto débil podemos caer víctimas de alguna astuta estrategia de Satanás.

Una promesa a los vencedores

(Ap 3:4-5) *“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.”*

1. *“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras”*

Aunque la iglesia tenía reputación de estar viva, en realidad, sólo un pequeño número de sus miembros lo estaban. Ellos formaban el remanente fiel. Y este es un concepto que una y otra vez se repite en la Biblia: Sólo ocho personas se salvaron en el diluvio; de los doce espías que Moisés envió a reconocer la tierra, sólo dos llegaron a poseerla; de los cinco mil que comieron del milagro de multiplicación de panes y peces que hizo Jesús, sólo doce se quedaron con él cuando los demás lo abandonaron.

Este remanente fiel eran los *“que no han manchado sus vestiduras”*. En el Antiguo Testamento, si alguien tocaba un cuerpo muerto, la persona quedaba contaminada o manchada. Hay muchas formas de contaminarse con los “muertos”. Aquí debemos entenderlo como una figura para expresar que se habían contaminado con el paganismo de su cultura y se habían extraviado siguiendo doctrinas o prácticas que desagradaran al Señor. No olvidemos que es fácil contaminarse espiritualmente cuando entramos en comunión con el mundo, y esto no le agrada al Señor.

2. *“Y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”*

Este remanente fiel *“andará con el Señor”*, lo que sugiere comunión íntima y personal con él. Realmente este era el problema de esta iglesia: habían dejado de andar con el Señor y esto es lo que nos mantiene con vida en nuestro andar diario.

Podemos pensar en la historia de los dos que andaban por el camino de Emaús (**Lc 24:13-35**). Ellos estaban desanimados por la muerte del Señor. Tal era su frustración que cuando el mismo Señor se acercó a ellos y les acompañó en el camino no le reconocieron. Entonces él les abrió las Escrituras y el corazón de aquellos dos caminantes volvió a arder con una nueva ilusión y ánimo. Más tarde le invitaron a entrar y a sentarse a su mesa. Aquí está el secreto de una vida cristiana victoriosa: la comunión con Cristo resucitado y su Palabra.

Luego añada que tendrán *“vestiduras blancas, porque son dignas”*. Estas vestiduras blancas sugieren la pureza y santidad que produce la justificación de los pecados por medio de la obra de la Cruz. Estas personas son aquellas a quienes el Cordero lavó de sus pecados con su sangre **(Ap 1:5) (Ap 7:14)**. De ninguna otra manera podemos alcanzar esta dignidad; no nos engañemos, ningún hombre puede vivir de una manera totalmente santa. Recordemos las grandes palabras de Isaías:

(Is 1:18) “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.”

Por otro lado, esta pureza es necesaria para poder estar en la presencia de Dios. La necesitaremos para entrar en el cielo, porque los invitados a las bodas del Cordero van vestidos de *“lino fino, limpio y resplandeciente” (Ap 19:7-9)*. Son las vestiduras obligadas para entrar a la fiesta de bodas del hijo del rey que contó el Señor en **(Mt 22:1-14)**.

A fin de estar bien preparados para ese momento, debemos empezar ya ahora a vestirnos *“de Cristo”*, como nos exhortaba el apóstol Pablo:

(Ef 4:22-24) “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.”

3. “El que venciere será vestido de vestiduras blancas”

El Señor sigue hablando del remanente fiel, aquellos verdaderos creyentes que estaban dentro de la iglesia en Sardis. Ahora se los describe como *“vencedores”* y a ellos el Señor les promete que los vestirá con *“vestiduras blancas”*. Aquí vemos con mayor claridad lo que decíamos más arriba; que estas vestiduras nos son dadas por el Señor y que no las conseguimos por nuestros propios méritos.

Aquí las vestiduras blancas representan la victoria que el Señor da a los creyentes juntamente con él. Cuando el Señor se presente en este mundo para juzgarlo vendrá rodeado de los ejércitos celestiales vestidos de lino finísimo, blanco y limpio para disfrutar juntamente con él de su victoria **(Ap 19: 14-15)**.

4. “Y no borraré su nombre del libro de la vida”

El nombre de los verdaderos creyentes está registrado en el *“libro de la vida” (Fil 4:3) (Ap 13:8) (Ap 17:8) (Ap 20:12) (Ap 21:27)*.

Y en este versículo se garantiza que el nombre de los verdaderos creyentes no será borrado del libro de la vida. Es cierto que algunos ven aquí la posibilidad de la pérdida de la salvación, cuando lo que realmente se afirma es todo lo contrario. Este *“no borraré”* equivale al *“no vendrá a condenación”* de **(Jn 5:24)**.

5. “Y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles”

Y por último, una nueva promesa del Señor Jesucristo que garantizaba la plena aceptación de este resto fiel delante del Padre y de sus ángeles.

Cristo se presenta aquí como un Abogado que intercede por los creyentes.

El versículo nos recuerda otras palabras de Cristo acerca de aquellos que le confiesan en este mundo sin avergonzarse:

(Mt 10:32) “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.”

(Mr 8:38) *“Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.”*

Un llamamiento a oír

(Ap 3:6) *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”*

Esta frase recurrente en todas las cartas enfatiza la responsabilidad de oír. De nuevo se llama a los hombres a que presten atención a esta solemne advertencia en contra de tener una profesión religiosa sin jamás haber nacido de nuevo.